

'El stripper más viejo del mundo'

Cuando tenía 59 años de edad, y mientras atravesaba por su tercer divorcio, a Bernie Barker le diagnosticaron cáncer de próstata. Hoy, a sus 65, asegura haber despertado de esa pesadilla y encontrado la diversión en Las Vegas, donde trabaja como stripper en el Hard Rock Casino. Rolling Stone encontró allí a este personaje, el más longevo del planeta en practicar dicho oficio según el World Guinness Records, y esto fue lo que dejó saber de su vida.

Por: Andrés Alfonso Pachón

A Bernie Barker le tuvieron que pasar seis décadas por encima para entender por qué aquello de que el diablo sabe más por viejo que por diablo es, a esas alturas del partido, un irrefutable axioma y no una recurrente frase de cajón.

Abuelo, jubilado como ingeniero nuclear y exadministrador de una entidad financiera, hoy Barker puede pasar ante algunos de sus congéneres (sobre todo del género femenino) como un verdadero diablo en el sentido más epicúreo del literalismo, un sesentón venido a chico gogó a quien, sin duda, habrán de sobrarle letanías tan desobligantes como sádico y genuflexo devoto de la satiriasis por el hecho de haber optado por una forma de vida concupiscente: ser stripper en los casinos más opulentos de la Florida y Las Vegas.

¿Tales calificativos serán producto de la envidia de aquellos cuyo climaterio ya les cortó el instinto libídine? ¿Quién sabe!? Lo cierto es que mientras muchos a esa edad ya han tirado la toalla del placer, Barker, a sus 65, dice seguir tirando que da miedo, pese a sufrir desde hace tiempo de cáncer de próstata, el único lunar en su sibarítica longevidad.

Desde hace cinco años trabaja como stripper y a la sazón hoy es el más viejo del mundo en practicar dicho oficio, según lo certifica el libro de World Guinness Records de 2000, fecha desde la cual se ha proclamado ganador en 42 concursos de strip tease ante jóvenes de entre 23 y 25 años que bien pueden pasar como sus nietos.

Su carrera de nudista la comenzó hace poco más de un lustro en LaBare, un exclusivo club nocturno en Ft. Lauderdale, una provincia al norte de Miami tan abarrotada de homosexuales como de dioses estaba lleno el Olimpo, según afirman varios registros no tan oficiales de la expansión gay en la tierra del Tío Sam. Allí, cerca de su casa, llegó buscando disipar su condición de jubilado, la secuelas de una inesperada operación de cáncer y los recuerdos de su último divorcio (ya tiene tres encima)... mejor dicho, haciendo de tripas corazón cuando otros empiezan a ponerle corazón a la vida y sin saber, claro está, que con ello acababa de encender un pebetero jocundo al que aún hoy parece quedarle harta mecha por quemar.

Su éxito ha sido tal desde aquel entonces que no pocos lo conocen en la febril industria del entretenimiento adulto, lo que lo ha llevado también a participar en comerciales de televisión, entre los que se cuentan uno de Renault en Las Vegas y otro de la lotería de Florida, así como a hacer parte en un documental de HBO y a obtener una breve aparición en la película Ocean's Twelve (de Warner Brothers), en la que es asesinado por George Clooney.

Barker hace parte del espectáculo Beacher's Variety, uno de los más populares y famosos del Hard Rock Casino de Las Vegas, en el que participa como wild dancer y stripper y con el que aspira convertirse en un 'show man' de la talla del mago Lance Burton o del ilusionista David Blade, aunque no precisamente atravesando mujeres con un sable. Rolling Stone lo contactó allí y esto fue lo que dejó saber de su oficio, un desafío al que a diario, pese a su edad, Barker no se le arruga.

¿Cómo surgió en usted el deseo de convertirse en stripper; deriva acaso de un deseo reprimido en la juventud?

Nunca se me había cruzado por la mente ser stripper. Me dio por hacerlo una vez me jubilé, luego de trabajar por años en plantas nucleares y como director de una entidad financiera.

Cuando cumplí los 59 años me diagnosticaron cáncer de próstata y tuvieron que operarme, lo cual me resultó bastante traumático por varios meses, pero luego empecé a pensar de una manera distinta, buscaba sentirme mejor y por eso, para matar el aburrimiento antes de que él me matara a mí, me inscribí en un concurso de strippers que organizó LaBare.

Con la diferencia de que usted era el único abuelo entre los participantes...

Sí, claro, lo cual me apabulló bastante antes de salir a la pasarela. Todos allí eran muy jóvenes, parecían Hércules y yo a duras penas buscaba ganarme el público con mi bronceado; sólo entonces pensé que sería inapropiado salir así, en calzoncillos, frente a tanta gente, pero ya era tarde para lamentaciones.

¿Qué pensó después de haberse lanzado a la pasarela?

En un principio tuve sentimiento de culpa y pasé mucha vergüenza ante la gente, pero luego me di cuenta de que eso era lo que quería seguir haciendo por el resto de mi vida.

Sólo que para el momento en que tomó esa decisión usted estaba por cumplir seis décadas en esta vida...

¿Y qué? Hoy, a los 65, hago cosas que ni siquiera un ventiañero calentón se atrevería a hacer entre sus amigos por simple vergüenza. Mi cuerpo pasa como de uno de 25 y mi mente se mueve al ritmo de la de un joven de 19, todo es cuestión de cómo piensa cada quien. Procuero imaginarme siempre como un adolescente: diferente y atrevido, sin reparar mucho en el futuro ni en el cáncer y sí, más bien, en divertirme.

Divertirse en términos sexuales, quiere decir...

No necesariamente, aunque con frecuencia, después de que he terminado el espectáculo, se me acercan mujeres de todas las edades para que les dé el teléfono o para que tengamos algo, pero procuro ser profesional y no tener ningún tipo de vínculo con ellas.

¿Y si le gusta alguna?

Bueno, en ese caso soy yo quien le pide su número de celular y luego la invito a almorzar,

después ¡quién sabe..! Eso sí, prefiero más a las mujeres mayores que a las jovencitas, por eso de que son más de mi generación.

Siendo sincero, ¿en verdad cree que aún está en condiciones de competir con jóvenes strippers?

He ganado 42 competencias masculinas de strippers con jóvenes de 25 años, eso creo que lo dice todo.

Pero una cosa es que usted gane por estar en condiciones y otra muy distinta porque su mera participación, a esa edad, le resulte curiosa al jurado.

Mi fama como stripper la he logrado con esfuerzo, porque aunque a veces me sienta agotado y el cuerpo no me dé más sacos de fuerza de donde no tengo para hacer ejercicio y mantenerme en forma. Todos los días voy al gimnasio y hago una rutina de dos horas, para mantenerme activo y dominar la enfermedad.

¿Cómo es que no se le ha caído el pelo con la quimioterapia para combatir el cáncer?

Jamás he tenido que someterme a una quimioterapia. Sigo un tratamiento llamado Terapia de Hormonas, que me permite vivir de manera casi normal sin tumbarme el cabello, lo cual sería desastroso para mi show.

A propósito, ¿de qué se compone su show?

Primero me caracterizo como un wild dancer: con ropa alocada de cowboy o del bailarín típico de los años 70 y a medida que suenan She Bangs (de Ricky Martin) y Lady in Red (de Chris de Bourg) empiezo a desvestirme y acercarme a las mujeres.

Así, de tres a cuatro canciones que bailo, las primeras son con ropa y la última es semidesnudo, en calzoncillos mejor dicho.

Usted es un hombre jubilado que dice hacer esto por diversión, ¿pero de las ganancias qué? ¿Es rentable ser stripper?

De las propinas, más que de la jubilación, es que vivo. Presento el show varias veces al día para audiencias numerosas de mujeres que vienen de turismo a esta ciudad, por eso no me conformo con cualquier dólar que me pongan en los calzoncillos; en Las Vegas la plata abunda y, por fortuna, a mí no me falta, me pagan bien por lo que hago.

Su historia es bien particular, ¿ha pensado en escribirla o llevarla incluso al cine?

En eso estoy ahora. Todos los días dedico unas cuatro horas a escribir mi biografía, que por lo pronto se titula Outrageous (Injurioso) y en la que explico el viraje que ha tenido mi vida en los últimos años. Aparte de eso también estoy estudiando actuación, una afición que sí he tenido desde muy joven.

Habrán quienes dicen que usted ya está muy viejo para andar de stripper y que en lugar de eso debería más bien ponerse a criar nietos, ¿alguna vez alguien le ha reprochado por su trabajo?

No, quizás porque no hay nada de malo en lo que hago; soy un 'entretenedor' que sólo cumple con las fantasías de las mujeres que van a verme, y eso es más divertido que andar cuidando nietos.

De hecho, ¿tiene nietos?

Sí, dos, pero son muy pequeños como para pedirme cuentas; las que sí lo hacen son mis

hijas, sobre todo la mayor, de 37 años, que es la que más se ofusca con lo que hago. Ambas viven en La Florida, pero mi relación con ellas es muy fría, incluso desde antes de ser stripper, quizás porque en mi trabajo de ingeniero nuclear me tocaba viajar bastante y desde ahí nos fuimos desapegando.

¿Se arrepiente por eso?

En absoluto. Ellas no quieren que haga mi trabajo y yo, por el contrario, nunca he dejado que en mi vida falte la diversión en lo que hago, ni siquiera ahora de viejo, y eso es algo que no se compra ni con un millón de dólares.

¿Y entre los colegas de oficio hay también alguna distancia?

La única distancia con ellos es la de la edad. Muchos de los jóvenes con los que he competido son ahora strippers profesionales que no pasan de los 30 años y que al verme aún en el oficio se les hace extraño, pero me respetan y me la llevo bien con ellos, sobre todo porque saben que no tengo nada qué envidiarles.

Aún así tiene que ser consciente de que los años no pasan en vano y que algún día tendrá que retirarse, ¿lo ha pensado?

¡Claro! Pero antes de que eso suceda me gustaría llevar mi show a otras partes, a Latinoamérica, por ejemplo. Tengo mucha afinidad con los latinos por eso de la música y de la fogosidad... Quizás cuando renueve mi pasaporte me dé una pasada por allá.

FIN